

# LA IGLESIA COMO FERMENTO EN EL PROCESO DE CAMBIO DE LA EUROPA ORIENTAL

CARDENAL JOACHIM MEISNER

El hecho de que sin la Iglesia no se hubiera producido ningún cambio en la Europa Oriental lo ha puesto expresamente de relieve el anterior Presidente del Gobierno soviético y Jefe del Partido Comunista, Michael Gorbachow, en su artículo sobre el Papa Juan Pablo II, publicado en el periódico italiano La Stampa. Los acontecimientos externos, aun cuando hayan dado tal vez el último impulso para favorecer el cambio, no se pueden explicar sin las motivaciones de fondo.

Quisiera dividir mi exposición en dos grandes apartados: 1º) qué importancia dio la ideología marxista-leninista a las Iglesias; 2º) qué puntos concretos de la predicación cristiana dieron esperanza y confianza a los hombres, relativizando así el sistema socialista de modo radical.

## 1. *La Iglesia desde el punto de vista del sistema socialista*

La ideología marxista-leninista representa un aspecto muy importante para el mantenimiento del poder en el así llamado sistema socialista. La ideología es una fuerza espiritual, cuya función sería fortalecer el poder físico. Los inmensos arsenales armamentísticos tendrían que ser completados y fortalecidos por medio de arsenales espirituales. Por eso, la ideología marxista ocupa una posición tan altamente valiosa dentro del sistema y sólo se puede comparar a la importancia de lo militar.

La tesis del Partido suena así: si el hombre entiende lo que dice el Partido marxista, entonces aceptará desde dentro lo que el Partido quiere. Quien sólo acepta un 99% es ya un enemigo encubierto del sistema, pues a partir del 1% puede levantarse una gran oposición.

Hay hombres que, a pesar de haber recibido una abundante formación socialista, siguen pensando de otro modo. No se puede convencer a esos hombres, porque están marcados por su pertenencia a un grupo concreto, a la Iglesia, como tampoco se puede enseñar a un perro a hablar. Ahora bien, si ellos se hicieran cargo de su situación, tendrían que abandonar toda esperanza en la consecución de sus fines; por eso, es comprensible, en opinión del Partido, que busquen pretextos y excusas espirituales, mientras mantengan en alto sus ideales.

Esos hombres son los enemigos natos del sistema. Tendrían que ser marginados de la vida y de la sociedad, para marchitarse y atrofiarse espiritualmente. Son hostiles al sistema no porque desarrollen una amenazante actividad, sino porque su existencia como tal es amenazante contra el sistema. Su culpa no tiene un carácter subjetivo, sino objetivo. Pues un grupo —por pequeño que sea— que, por emplear terminología bíblica, no ha nacido del Partido ni de la voluntad del Estado socialista, sino más bien de Dios es siempre una amenaza potencial contra el sistema. Es el problema de la Religión que para el sistema socialista aún no está resuelto. En las masas siempre hay necesidades religiosas. Desde el punto de vista del Partido sería un gran error pasarlas por alto. Tal vez mediante la transformación de toda la población en trabajadores se consiga anular esa necesidad religiosa y conducirla a su desaparición. Pero no se sabe con seguridad cuándo eso sucederá exactamente, pues uno de los enigmas más grandes de las ideologías es medir la resistencia que el hombre opone a la explicación materialista del mundo.

Por mucho que el hombre desde su infancia esté impregnado de la nueva mentalidad socialista, siempre permanece —piensen ustedes en que ese sistema ha existido durante más de setenta años— un oscuro ámbito que no se deja penetrar por la luz de la razón. En principio no tiene importancia averiguar si las inclinaciones que impulsan a los hombres a la Religión se explican por una naturaleza humana —como dicen los defensores de la Religión— o por reacciones que se han desarrollado y cristalizado a lo largo de la Historia —como opinan los materialistas—. Importante es sólo comprobar que esas inclinaciones a lo religioso existen. El Partido toma así consciencia de que él mismo es de algún modo en su propia esencia un tipo de Iglesia. Su dictadura y su proyecto de transformación del género humano dependerá de la medida en que consiga canalizar las inclinaciones irracionales del hombre haciéndolas útiles para sus propios fines. No es suficiente conven-

cer a los hombres por medio de argumentos lógicos; eso se hace desde siglos y no proporciona ningún éxito. El Partido está convencido de que hay que pasar de una *ideología rationalis* a una *ideología cordis*.

La poesía, la novela, la película y, especialmente, el «Club» son, por eso, instrumentos especialmente importantes, ya que se adentran en la profundidad de los hombres, allí donde está latente en el hombre su rechazo emocional. Lo que, por ejemplo, en la Edad Media fue la capilla del gremio con sus santos y su fiesta es en el sistema socialista el «Club». En cada fábrica, en cada escuela, en cada oficina tiene que haber un Club socialista. En la pared cuelga el retrato del cabecilla del Club, un revolucionario del socialismo primitivo, con frases y lemas de su vida a modo de adorno de la pared. Aquí han de tener lugar las frecuentes asambleas, en las que se leerán las conferencias previamente escritas. De este modo, la sabiduría de la Iglesia en su liturgia es aquí conscientemente imitada. Los hombres que llenan el salón del Club se entregan así a un ritmo colectivo. Después les parece absurdo pensar de una manera distinta a la del colectivo. El colectivo consta, en realidad, de individuos que, individualmente, dudan todos. Pero, cuando ellos recitan y repiten los dogmas prescritos y las palabras del Partido, cuando cantan en común canciones de lucha socialista, se crea una atmósfera colectiva a la que de por sí se someten y de la que no pueden substraerse. Por eso se celebra una pseudoliturgia, para ganarse al hombre y también para llenar de contenido socialista sus inclinaciones consideradas irracionales. De ahí que junto al Partido no debe permitirse ninguna otra Iglesia.

La Iglesia cristiana es, por eso, el enemigo número uno, pues en ella todas las dudas de la masa en relación a la transformación socialista del hombre encuentran su apoyo y su alimento. Cuando no es al hombre, sino a Dios a quien se da la gloria más alta, entonces los ritos y las glorificaciones en honor del Partido se convierten sólo en idolatría. La estrategia del perseguidor de la Iglesia consiste, pues, en no soliviantar al cristianismo mediante una imprudente forma de proceder. Presión engendra siempre presión en contra. Mártires en el sentido clásico y cristiano de esta palabra son lo que más daña la causa del Partido. Tal imprudencia hubiera sido, por ejemplo, cerrar de repente las Iglesias y prohibir el ejercicio de la Religión. Si algo cuadra en el estratégico paisaje de un país socialista, es precisamente dar cabida a una nueva construcción de Iglesia, fiel al lema de Lenin: hay que saber dar un paso hacia atrás para luego dar dos hacia adelante.

Un medio eficaz de luchar contra la Iglesia consiste en su división interna. La estrategia se ha concentrado, por tanto, en separar a los Obispos del clero y al clero del pueblo y en sembrar desconfianza proporcionando a los Obispos y al clero, mediante privilegios, un *status* que los aleja del pueblo cristiano. Otra estrategia importante en la lucha antieclesiástica consiste en aunar la Jerarquía al Partido, para así documentar ante la política exterior una armonía entre Estado e Iglesia, mientras que, a nivel interno, tanto político como eclesiástico, se consigue un distanciamiento entre el pueblo cristiano, que sigue estando oprimido, y la Jerarquía, que es cuidada e incluso mimada por el Estado. La unidad interna y externa de la Iglesia es sentida, por consiguiente, como una espina en el ojo, y siempre se intentará desunirla una y otra vez. La reacción de los Obispos ante esta política eclesiástica de la ex-República Democrática Alemana consistió en garantizar y proteger la unidad interna y externa de la Iglesia, es decir, en mantener la Iglesia como aguijón en el *Corpus Socialisticum* y en no suprimir nada de la fuerza molesta y punzante de su existencia, aun estando dentro de ese sistema. Por eso, la Iglesia Católica ha rechazado siempre definirse como «Iglesia en el socialismo», ya que tenía que quedar claro que la Iglesia no se dejaba involucrar como inmanente al sistema.

Como recapitulación de esta primera parte puede decirse, por tanto, lo siguiente. La Iglesia, ya sólo por su estar-ahí (*Dasein*) y —en la medida en que protegió su identidad— por su ser-así (*Sosein*), relativizó y puso en peligro el sistema socialista. Este fue, desde su raíz, hostil al hombre porque estaba concebido sin Dios, mientras que, por el contrario, la Iglesia es a lo largo y a lo ancho del mundo el aliado natural del hombre, por cuanto ella, como Iglesia de Dios, es siempre también Iglesia de los hombres.

## 2. *Temas capitales de la predicación cristiana en el cerrado sistema del marxismo-leninismo*

En ese sistema cerrado a la transcendencia, el mensaje del evangelio fue necesario para el hombre. La Iglesia predicó a los hombres el cielo por encima de la tierra porque éstos necesitan cielo, altura y horizonte: pero cuando se abandonó el cielo «a los ángeles y a los gorriones» (Heinrich Heine), el mundo y los hombres cayeron literalmente bajo los salteadores. Allí donde el hombre ya no puede superar-

se porque se le ha suprimido el cielo, recurre, por una parte, a la droga como medio de autosuperación, destruyéndose con ello a sí mismo. Es en verdad trágico el hecho de que el hombre haya recurrido a la droga exactamente en el momento en que se difamó la creencia en el cielo como si fuera «opio del pueblo». Por otra parte, la supresión del cielo llevó al hombre a saciar su hambre de eternidad con los bienes de la tierra; de este modo, consumió los bienes del mundo y no se sació de ellos. La explotación exhaustiva (*Raubbau*) del mundo se basa en la supresión (*Abbau*) del cielo y de sus riquezas<sup>1</sup>. La catástrofe ecológica de los así llamados países socialistas tiene su causa en la eliminación de la teología. Si el hombre pierde el cielo de la vista, se precipita en el mundo explotando la tierra por encima de sus posibilidades y sin esperanza.

El marxismo recortó la existencia (*Dasein*) de los hombres a la temporalidad de su vida. Su dogma sonaba así: con la muerte todo se acaba. Pero la Iglesia predicaba al hombre la eternidad de su temporalidad, pues el hombre siempre tiene más futuro que pasado y presente juntos; por tanto, ha de esperar para sí y para el mundo más que lo que él sabe o conoce. Una de las sensibilidades existenciales más básicas del hombre es crecer siendo estimulado a partir de —y por medio de— aquel que espera aún algo de él. Muchos hombres mueren hoy en su interior por falta de esperanza. El sistema marxista-leninista no mostró a los hombres ningún fin fuera de la temporalidad. Y esto ha deformado literalmente a muchos hombres. Aquí se encuentran las peores devastaciones del marxismo. Pero el hombre necesita más futuro que presente y pasado juntos. Y únicamente así es capaz de perder toda estrechez de horizontes y cortedad de miras (*Kurzatmigkeits und Kleinkariertheit*)<sup>2</sup>. Sólo cuando el hombre está limitado a este tiempo, se comporta consigo mismo, con los políticos y con los economistas con excesiva exigencia, pues pide de ellos algo que de ninguna manera le pueden dar. Y cuando, por ejemplo, los políticos ceden a esa exigencia mediante promesas, resulta el desengaño. En este punto la Iglesia fue y es, con su mensaje de la vida eterna, insuperable e invencible.

---

1. Es intraducible al castellano el juego de palabras *Raubbau* y *Abbau*, que literalmente sonaría así: El cultivo arrebatador (*Raubbau*) del mundo se basa en el descultivo (*Abbau*) del cielo y de sus riquezas. N. del T.

2. También es intraducible la rima de dos nombres abstractos terminados en *-keit* y *-heit*, así como las metáforas que ambos connotan: *Kurzatmigkeits* significa literalmente respiración corta o el agobio del asma, y *Kleinkariertheit* alude a un empequeñecimiento del ánimo provocado por un excesivo «cuadrículamiento» de la vida. N. del T.

La Iglesia continuó predicando al hombre como imagen de Dios. Sin Dios no hay hombre. La verdad del hombre es Dios. «Sólo quien conoce a Dios conoce al hombre», dice Romano Guardini. En un país, en que permanentemente sólo se habla del hombre, el mensaje de Dios es sumamente actual. Pues humano no es el hombre —¿quién se atreve a afirmar esto a finales del siglo XX?—, sino sólo Dios es humano. El se ha hecho en su Hijo Jesucristo Dios y Hombre. Quien habla de Dios habla del hombre. Por eso, hay que poner de relieve el más allá, para también dignificar de manera correcta el más acá. De ahí que el hombre tenga sólo una alternativa: o ser hermano en Cristo o ser camarada en el Anticristo, o celebrar la comunión fraterna o tomar tierra en el canibalismo. San Ireneo de Lión dice: «La gloria de Dios es el hombre viviente». Pero viviente es el hombre sólo allí donde deja espacio a Dios en su existencia (*Dasein*). Únicamente una fe plena en Dios lleva, libera y posibilita al hombre a hacer saltar un sistema como el marxista. A finales del siglo XX no necesitamos menos seguimiento de Cristo, sino más; ni una fe a medias ni un cuarto de fe son capaces de contagiar, sino sólo una fe plena.

La Iglesia predicó, finalmente, en la muerte la vida. Cuando Abrahán levantó la mano para proferir a su hijo Isaak el golpe de muerte, apareció el ángel de Dios, y su voz salvó la vida del hijo. En una canción que se recita en las iglesias de Alemania se dice: «*Mitten im Leben sind wir vom Tod umfassen*», es decir, «en medio de la vida estamos envueltos por la muerte». Aquí se quiere significar lo siguiente: en medio de la muerte estamos envueltos por la vida. Más tarde ofrecerá de nuevo un padre a su hijo: Dios mismo a su Hijo Jesucristo. Esa vez no es salvado de la muerte, pero sí en la muerte. A los tres días es resucitado. La frase «en medio de la vida estamos envueltos por la muerte» no dice toda la verdad. Significa más bien: en medio de la muerte estamos envueltos por la vida.

Por tanto, debemos esperar con Abrahán a que Dios despierte vida nueva de la ceniza de nuestros planes de futuro, arrasados por el fuego. Esa fue la fe que ha vencido al mundo, la que ha barrido del mundo el sistema socialista. La cruz pascual de Cristo es la única posibilidad de transformar todo sinsentido en sentido, la muerte en vida, la falta de fe en fe. Ella dio a los hombres en el destierro babilónico de los sistemas comunistas serenidad y paz; y es también un mensaje para los que estamos en los sistemas postcomunistas. No tenemos que alcanzar todo hasta el final de nuestra vida. Lo que ha quedado a me-

días en nuestra vida lo terminará y completará Dios tras nuestra muerte. De este modo debemos ir por el mundo serenos y liberados, como hombres de la plenitud de la vida. En una sociedad, que, por una parte, desplaza a la muerte y, por otra, la introduce a la vez en sí misma mediante el aborto y la eutanasia, el testimonio cristiano de la vida eterna se hace necesario. No debemos quedarnos deudores de esto con el mundo ni permanecer indiferentes.

En esto es la Iglesia algo así como el ojo en el mundo. No se puede contentar en contemplarse a sí misma, sino que tiene que ver, para el mundo, el cielo encima de la tierra, la eternidad en el tiempo, a Dios en el hombre y la vida en la muerte. Entonces se cumple el gran adviento mundial: los hombres pueden experimentar la cercanía de Dios. Pero el fruto de la cercanía de Dios es la alegría. Según las Escrituras la alegría en Dios es nuestra fortaleza. Ella es el fermento para una nueva evangelización de Europa.

